

Crack social, político y diplomático

Alejandro Estivill

Jorge Volpi juega. Afirma en su *Código de procedimientos literarios del Crack* que “los miembros (de este grupo) tienen el derecho —como todos los escritores del mundo— de escribir sobre cualquier tema que se les ocurra”... De ahí en adelante, Volpi insiste y reclama incluyendo en varias ocasiones esa frase: “como todos los escritores *del mundo*”, y la repite en sus consignas determinando la fuerza de un empeinado liberalismo cosmopolita, asentado tanto en la individualidad liberal como en la broma; es un juego intelectual que se inició hace mucho más de diez años (él dice que fue así desde el verdadero nacimiento del *Crack* cuando se vivían los tardíos años sesenta y “nacieron sus miembros”).

Varias veces escuché decir a Volpi que la única fórmula del grupo ha sido “hacer”... Más elegante sería decir “emprender”, tal y como lo corregiría un político con colmillo, para que hablen de uno y no dejen, por razón evidente o remota, de comentar de criticar de detestar y de mencionar tu nombre... Y pareciera que tal esfuerzo, en el llamado grupo del *Crack*, enfrentó los altos muros de la humildad mexicana, congénita y rampolona, a veces infranqueable, en un país grosero donde, por paradoja, la timidez es virtud y la protesta y el atrevimiento, vulgaridad. Simplemente, la del grupo parecía una inusitada e inaceptable pretensión. De ahí en lo subsiguiente se justifica, sin usar más que la lógica, que se atravesara la puerta hacia una obligada e intensa búsqueda de la internacionalización.

Ahora se cumplen diez años del “Día D” en que una casa de cultura de San Ángel albergó la presentación en sociedad del *Manifiesto del Crack* (1996), un cuadernillo amarillo que me empeño en conservar como testimonio y que en pocas décadas, espero, será tasado desmesuradamente por la sociedad Smithsonian. Estaba integrado con sugerente visión de futuro por hojas oficio donde Ignacio Padilla, Ricardo Chávez Castañeda, Eloy Urroz, Jorge Volpi y Pedro Ángel Palou colocaron endogámicamente pasajes y críticas entrecruzadas. A diez años de ese momento que me negué a acompañar entonces con cualquier otro encargo que no fuera la de simple espectador, tres de los siete supuestos miembros del *Crack* viven en el extranjero, tres en México vinculados a instituciones de quehacer pro-

totípicamente internacional y el último, para colmo, se hizo diplomático para traquetear su carrera literaria a golpes de burocracia y alimentar así ociosos cuestionamientos sobre su pertenencia al grupo que Volpi no acepta definir más que como “entelequia” o “amistad literaria de sus miembros”.

Jorge Volpi vive en el norte de España “internacionalizando” aún más voces y amoríos; recordamos que estudió largo rato en España en un momento en que su estadía en el viejo continente semejaba una fuga; fue consejero cultural de México en Francia y dirigió el Instituto Cultural de México en ese país, algo que nunca se ausenta de sus perfiles y tarjetas de presentación. Padilla no sólo recorrió pasajes paralelos estudiando con Volpi en Salamanca y siendo el agregado cultural de México en Londres en la misma época en que su amigo calaba en el mundo francés, sino que además sus vivencias de juventud en Sudáfrica y Escocia lo han llevado a afrontar las más severas consignas sobre cosmopolitismo supuestamente descomprometido. Eloy Urroz lleva ya lustros vinculado a la literatura mexicana, sólo que desde la observación del académico de universidad estadounidense en una suerte de perpetuación de la experiencia peculiar de supervivencia de un Javier Marías o un Ruiz Zafón; amplió horizontes con un año de vida creativa en Arles, Francia, para regresar inmediatamente a los Estados Unidos. Ricardo Chávez Castañeda, viajero incansable de los espacios geográficos y mentales, está cerca de volverse emigrante definitivo en el alto frío del noreste de Norteamérica. Vicente Herrasti fue cosmopolita desde la plataforma de sus traducciones y su colaboración con el mundo editorial español. Y Pedro Ángel Palou, el más arraigado a lo local, dirige una universidad de corte y nombre extranjero, no sin antes convertirse en el artífice de un tenaz lanzamiento de anzuelos a autores *del mundo* para que arriben a su intimísima Puebla, todos ellos representando aires nuevos y provocadores para México.

Nada de esto es muy nuevo ni se aleja mucho de las dos tendencias claves de la formación de jóvenes escritores en nuestro país. Primero la tradición de los maestros del grupo: Sergio Pitol, José Emilio Pacheco o Carlos Fuentes, capiteles en la búsqueda imaginativa de una creatividad moderna en todos los autores de Méxi-

co, necesitada de rebasar, con la energía de sus modelos y sus temas “mundiales”, las antiguas consignas de nacionalismo hierático. Aun así, el *Crack* no deja de establecer paralelismos involuntarios, únicos e inoportunos con el tufo de un repudio peligroso que en México tomó su más severa versión, la que aún resuena, en el caso de Los Contemporáneos. En segundo lugar, se destaca la histórica vinculación, aún no estudiada del todo, que ha existido entre los escritores de nuestro país y el extranjero por vía de la diplomacia, relación cualitativamente distinguida frente a la forma en que otras naciones, principalmente latinoamericanas, únicamente generaron una suerte de albergue entre los Ministerios de Educación y su respectiva intelectualidad.

Sin embargo, el propio Jorge Volpi, en su jocoso *Código de Procedimientos...*, citado como mecha de esta reflexión, no pudo escaparse de un deseo de ubicación social y hasta una especificidad nacionalista:

(El *Crack*) no pretende asumirse como conciencia global ni como ejemplo a seguir (...) se considera sobre todo como un grupo mexicano, independientemente de que algunas novelas de sus integrantes ocurren en Finlandia, Chipre o Mongolia (...) se siente orgulloso de pertenecer a la rica tradición literaria latinoamericana (y) pese a lo establecido (...) detesta el nacionalismo entendido como marca excluyente. Sus miembros consideran que es posible amar a Dostoiévski e Ibarguengoitia al mismo tiempo.

Parecería fácil, entonces, confirmar de nueva cuenta la forma en que este grupo ha tentado al destino, voluntaria o involuntariamente, para incorporarse más allá de su pretendida pureza artística a los momentos definitorios de una reflexión sobre los caminos sociales de nuestra literatura y, más aún, sobre su relación con el mundo literario internacional. ¿Por qué tenía que estar el *Crack* justamente inmerso en la determinación más reciente, más debatida y más agitada que ha vivido la compenetración entre los cuadros de la diplomacia y los de la intelectualidad para cumplir la meta de generar una presencia cultural de México en el mundo, algo que ocurrió al inicio del nuevo siglo?

Las designaciones en 2001 de Volpi y Padilla como cabezas de la gestión cultural en dos de las capitales de Europa Occidental, entre otro cúmulo de nombramientos, fue el epicentro de meses concentrados en dimes y diretes en torno a las personalidades que México necesitaría para realizar una auténtica gestión cultural internacional penetrante, finamente priorizada, por vía de su diplomacia... Su sutil pero no inadvertido abandono de la diplomacia en 2003 fue eje de un nuevo temblor capaz de demostrar que el tema de los intelectuales en la diplomacia seguía motivando preguntas, tanto sanas e insidiosas, pero no respuestas. Se cuestionó así la proble-

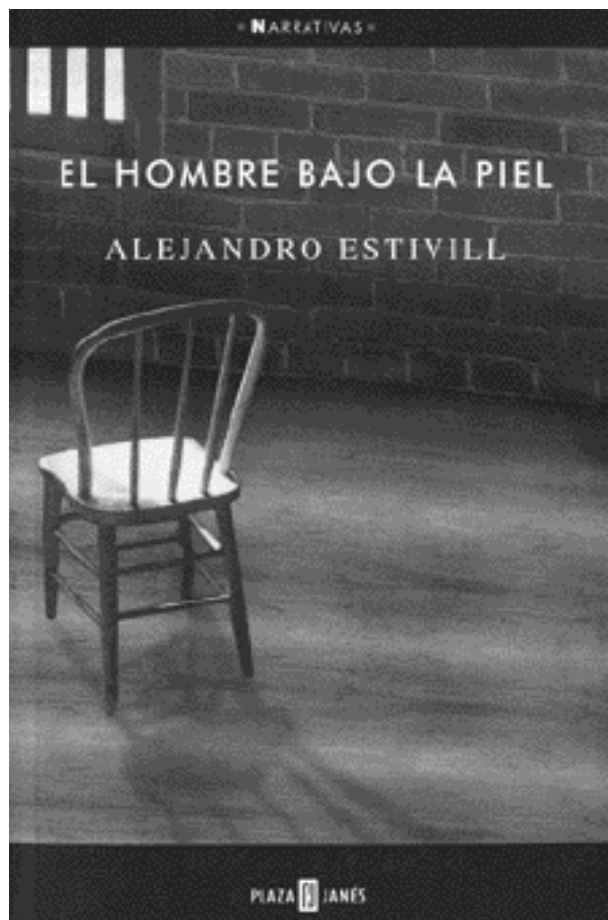


Alejandro Estivill

mática de que el Servicio Exterior Mexicano no ha dedicado recursos y esfuerzos serios a formar escuadrones de gestión cultural en sus filas de diplomáticos, problema que persiste agravándose irremediabilmente; problema que trasciende a un servicio civil prestigioso pero anquilosado, que todavía se debate, por su exiguo tamaño, entre principios ontológicos como “especialistas” o “generalistas” entre sus miembros. Se trata de una fuerza de trabajo que empieza apenas, tímidamente, a decantar personal capacitado específicamente en la protección consular, en la promoción económica o en la comunicación social, cuando durante años lo único que formó con visos de rama peculiar y distinguida fue la de los “multilateralistas” elegantes y un tanto sabihondos, ya que ser multilateralista garantizaba vivir en una localidad atractísima, elegida mundialmente para el debate sobre el paradero de la paz mundial.

También la gestión cultural, por su parte, ha tenido tradicionalmente la ventaja de que sus responsables, cuando no provienen del Servicio Exterior Mexicano, alcanzan ciudades de muy buena vida, donde el arte y la cultura refinada es materia de competencia internacional (París, Madrid, Londres, Buenos Aires y hasta San Francisco). Los miembros del *Crack* fueron a lugares prototípicos de esta lista, poco extensa, y agitaron con ello el avispero en un momento clave de nuestra política exterior.

El debate entre intelectuales o miembros del Servicio Exterior Mexicano que ocupan los puestos de responsabilidad en la promoción de la cultura mexicana, una tarea no menor y crecientemente más sustantiva, parecía



ya zanjado en su parte logística, antes de esa designación en el 2001, lo que daba pie, al menos, a una calma irreflexiva. Tan simple como decir que la tradicional miscelánea entre unos y otros, impuesta a discreción, funcionaba bien para paliar presiones al interior del medio intelectual mexicano, disipando compromisos por amistad y muy por encima de la mínima necesidad de honrar cuotas políticas. No alcanzaba para hablar de la gestión cultural como herramienta de la política exterior del país.

Pero al *Crack* le tocó congeniar con un proceso de apertura, transformación y genuino atrevimiento político, algo único que no dejó de estar ligado al ámbito estrictamente literario: si bien la política exterior había servido (no innecesariamente) sobre la fórmula de no interferir mayormente con el mundo para que el mundo no interfiera para nada en México y en sus evidentes deficiencias internas, a partir de la transición del nuevo siglo, tal política ha tenido que aceptar que en el mundo contemporáneo resulta necesario provocar reacciones de otros países para propiciar a su vez cambios y desarrollo en el patio doméstico. Muchas de estas provocaciones pueden ser dolorosas y dar pie a las rencillas y al ensimismamiento temeroso.

El *Crack*, o al menos algunos de sus miembros, tenían el filo suficiente para hacer los escarceos con irreverencia tal que de inmediato se provocaran señales, por equívocas que se sintieran, desde las voces internacionales hacia la vida intelectual de México. Falta tiempo para medir su significación una vez que se asienten las envidias, al igual que las jactancias injustificadas.

La estrategia de su nombramiento no estuvo exenta de defectos básicos: no se desplegaron con antelación instrucciones precisas para limitar la promoción personal en contraposición a la necesidad de promover la cultura colectiva de la nación (el principal referente en el pasado estuvo repleto de figurones como Alfonso Reyes, Rosario Castellanos, Fuentes, Paz, etcétera, cuya hiperbólica distinción personal no se significaba como un problema sino, muy al contrario, como una ventaja única para México considerando la situación tecnológica y las comunicaciones en esa época); otro tanto sucedía con el hecho de no haber ofrecido una estructura de recursos presupuestales suficientemente sólida y no haber terminado de vincular la actividad de los promotores a los proyectos centrales de la política exterior. Pero sobre todo tuvo un defecto formal en tiempos donde la forma se reitera como sustancia: la exageración, ya que junto a sus nombramientos llegó casi una cuarentena de designaciones, irregulares por naturaleza y manchadas de gestiones deficientes, decisión que desprecio, no sin consecuencias, la poca o mucha experiencia acumulada en el Servicio Exterior Mexicano.

Cierro diciendo que el grupo del *Crack* pagó caro (aun cuando obtuvo ventajas) el nivel de estridencia con que se acompañó su natural incursión en los ámbitos de la política exterior. El propio *Crack*, en el conjunto de sus voces, iniciativas y obras ha resaltado el hecho de que no se pervive con estridencias de trasgresión, por la trasgresión misma. La moraleja, en el tema de la promoción cultural internacional será, como siempre, la reiteración del valor indiscutible del balance. El balance resuena y persevera con eficacia. Tarde o temprano toma relieve el peso específico de la inteligencia personal de quienes trabajaron por la promoción cultural de México, sin importar su origen, contra quienes no hayan detentado tal inteligencia; tarde o temprano se subraya la vocación de servicio como fundamento central frente a quienes no la tuvieron, pero en todo ello se manifiesta que el *Crack*, al menos, dio un paso más, gracias a su vínculo por vocación con los debates intelectuales internacionales, en la conformación de su sentido social en la literatura mexicana contemporánea.

T